



Última ceremonia que presidió el primer magistrado don Venustiano Carranza el día 5 de mayo de 1920, en el Panteón de San Fernando, acompañado de los miembros de su gabinete y los veteranos de las guerras de Reforma e Intervención.

Ineluctable fin: Carranza, dudas y certezas

Pedro Castro

I. El 20 de mayo de 1920, al grito de ¡viva Obregón!, ¡viva Peláez!, tendría lugar uno de los crímenes políticos más sonados y escandalosos ocurridos en el México revolucionario. El presidente Carranza, en una desesperada huida hacia el norte, encontró la muerte a traición en el interior de una choza en Tlaxcalantongo, una aldea en lo más alto de la serranía poblana. Hacía apenas quince días, en el aniversario de la victoria de Puebla, se empezaba a escribir el último capítulo de su gobierno y su vida. En apoyo al Movimiento de Agua Prieta, el general Pablo González amagaba la capital desde Texcoco, mientras el presidente veía cómo se reducía su grupo de seguidores que, como los hechos lo demostraron, en su mayoría le profesaba una dudosa y tornadiza lealtad. Poseedor de una proverbial tozudez hecha a golpe de experiencias adversas, Carranza se puso a prueba una vez más y decidió desafiar lo que se veía como una derrota ineluctable. Pero no era del tipo de los que se amilanaran o rindieran fácilmente. En ese infausto mes de mayo, ante la imposibilidad de resistir en la Ciudad de México, apostó a que un escape por ferrocarril le salvaría. Veracruz, con su yerno Cándido Aguilar, le acogería como hacía seis años, cuando hizo del puerto su refugio temporal, para regresar triunfante a la capital.

Antes de terminar la primera semana de ese mayo violento, las estaciones ferroviarias de Colonia y Buenavista tenían un movimiento inusitado: se disponía el traslado del aparato gubernamental, con sus funcionarios, mobiliario, caballada, archivos, dinero y oro, timbres y troqueles. Agregándole a este éxodo una nota pintoresca y absurda, se contaba con la compañía de familias completas y hasta presos políticos. Antes de

PÁGINA ANTERIOR
Autor no identificado
*Última ceremonia
de Venustiano Carranza,
1920*
Clave: AFFT 20552

poner el pie en el estribo de su vagón del Tren Dorado, Carranza se aseguró de que el país conociera su grito de guerra sin cuartel contra sus enemigos, los infidentes generales Álvaro Obregón y Pablo González. Por todos los medios y con todo su coraje ese sentimiento del que la dignidad era su otra cara combatiría a los caudillos y haría prevalecer las leyes de la República. Gesto heroico, ni quién lo dude. Nadie le puede escatimar a Carranza su acerado valor y entereza. En su fuero interno sabía que no existían más que dos caminos: vencer o morir.

El sinfín de convoyes que intentaba cargar el Palacio Nacional inició sus movimientos lentos. En la Villa de Guadalupe uno de ellos fue embestido por una máquina loca, causando numerosas bajas, aunadas a las de un ataque realizado por tropas del general Jesús Guajardo, de triste memoria.¹ A tiros de fusil, se destruyó artillería, equipo militar, caballos, y quedaron varados miles de soldados y sus oficiales. Sin embargo, Carranza continuaba su marcha en fuga de trenes, deteniéndose apenas en alguna estación ruinosas para cargar agua y carbón para la locomotora. Breves paradas en el camino. En Apizaco pasó revista a sus tropas, cuando todavía contaban cuatro mil hombres, y estaba acompañado de su séquito de quince a veinte generales, entre ellos el leal y sufrido Lucio Blanco, “a quien en las horas risueñas y prósperas él había negado todo, o casi todo, por complacer a otros”.² Más adelante, en San Marcos tuvo lugar la desertión de casi todo un regimiento. Ahí le llegó una nota del general Jacinto B. Treviño otrora leal carrancista, fechada el 12 de mayo:

Los suscritos, generales de División Pablo González y Álvaro Obregón han acordado designar una comisión presidida por el C. General de División Jacinto B. Treviño, para que se traslade desde luego al lugar donde se está librando el combate entre las fuerzas revolucionarias y la División que comanda el C. General Francisco Murguía, que custodia los trenes militares y el convoy en que viaja el C. Venustiano Carranza, y encamine todos sus esfuerzos a garantizar la vida del C. Venustiano Carranza [...] Queda, además facultado el general Treviño para designar los jefes y oficiales que lo han de acompañar y que sumarán diez. México, 10 de mayo de 1920. A. Obregón.³

¿Recibió Carranza el mensaje de Treviño? Suponemos que sí, a pesar de la afirmación del general Murguía en contrario, pero eso no tenía importancia. El comentario de Luis Cabrera al respecto es fulminante: “...o el general González nunca había conocido a don Venustiano Carranza, en tantos años de tratarlo, o conociéndolo el envío de ese salvoconducto implicaba un insulto que el presidente no merecía... nadie pensó seriamente en ofrecer una transacción o una salida digna al presidente de la República, sino tan sólo le tiraron la limosna humillante de un salvoconducto a Venustiano Carranza, como prófugo”.⁴ Treviño, por otra parte, llevaba instrucciones de fijar un plazo de escasas cuatro horas a Carranza y a los civiles que le acompañaban, “a una zona que se les designe y que esté fuera de todo peligro”. Vencido el plazo, en caso de que el presidente se negara a hacer uso de esa prerrogativa, debería atacar el convoy.⁵

II. El siguiente punto destacado de la huida era Rinconada, donde pronto la euforia de la victoria de los leales se apagó con malas noticias. El puerto de Veracruz estaba ahora en manos de sus enemigos, porque el general Guadalupe Sánchez, jefe de operaciones, se declaró rebelde y estaba presto a atacar a la comitiva presidencial. El viejo de luengas barbas estaba ya literalmente arrinconado en Rinconada: ni avanzaba ni



El presidente de la república don Venustiano Carranza, escucha al general Francisco Murguía, las explicaciones que le da, para salir de ALGIBES rumbo a las sierra de Puebla, en vista de ser imposible sostener una lucha desigual con los rebeldes.

retrocedía. Con sus últimos alientos, algunas locomotoras apenas alcanzaron a llegar a la estación y hacienda de Aljibes, donde tuvieron lugar dos nuevos encuentros con el enemigo. Con el desastre ante sus ojos, Carranza se puso al frente de la defensa del convoy. Sálvese el que pueda fue la consigna de casi todos sus acompañantes. Aquí se disolvió la comitiva. Con unas tenazas que se cerraban en torno a ellos a cada minuto, el presidente y sus más fieles se aferraron a la idea de escapar hacia el interior de la Sierra de Puebla [camino al norte], donde se esperaba la protección del teniente coronel Gabriel Barrios, jefe militar de esas lejanías. En este camino la menguada columna acampó en la hacienda Santa Lugarda, donde Carranza ordenó al general Lucio Blanco que se dirigiera a Tamaulipas. Pasado el acontecimiento fatídico que no tardaría en venir, Blanco intentaría un movimiento contra los sonorenses. En Cuautempan se recibió la atinada advertencia de que oficiales importantes de la región, como el coronel Lindoro Hernández, el coronel Valderrábano y el general Rodolfo Herrero abrazaban el movimiento de Sonora, pero el general Francisco de P. Mariel, uno de los jefes leales, insistió en que tal actitud era simulada, para despistar al enemigo y para hacerse de elementos, por lo que insistió en seguir adelante. Herrero acababa de ser amnistiado por el gobierno gracias a los buenos oficios de Mariel, por lo que éste le

J.R. Sosa
Venustiano Carranza,
y el general
Francisco Murguía
Clave: AFFT 20553

tenía una confianza ilimitada. El coronel Barrios insistió sin éxito en que no se llevara a Carranza hacia la región controlada por Herrero y los suyos. Decididos a continuar su marcha a pesar de las advertencias, en Patla el presidente recibió todo género de atenciones del coronel Miguel Márquez y del teniente coronel César Lechuga, ayudantes de Rodolfo Herrero, quienes dieron amplia confianza a los recién llegados.⁶

Pronto la comitiva presidencial se dirigía a lo más abrupto de la serranía, por una vereda ascendente en el flanco de la montaña. De repente, “forzando el paso, debido a lo estrecho de la vereda, una persona desconocida, montando un buen caballo, sujeto él de expresión dura, trigueño, con áspero bigote, tocado con sombrero ancho y portando enfundadas carabina y pistola al cinto”, llegó hasta el general Murguía, presentándose como el general Rodolfo Herrero.⁷ Después se acercó al presidente y al general Mariel, poniéndose a las órdenes. Herrero, toda finura, en un momento en que el presidente necesitó desmontar, le ayudó a hacerlo y le ofreció su brazo para auxiliarlo a caminar. Cerca de La Unión se le ordenó al general Mariel que se dirigiera a Villa Juárez, para que a la mayor brevedad le informara sobre la actitud de las tropas en esta población. Herrero no tardaría en convencer a Carranza sobre las ventajas de descansar en Tlaxcalantongo, aldea situada en una meseta limitada en su mayor parte por barrancas, de unas cuantas chozas de tejamanil y zacate en su mayoría, y una supuesta abundancia de víveres y forraje. El calendario marcaba el 20 de mayo.

Con Herrero como guía, la columna llegó al centro del pequeño Tlaxcalantongo, “a la mejor casa del lugar y por lo tanto su alojamiento por esa noche, lo que lo convertiría en el Palacio Nacional”.⁸ Se dispuso que el presidente durmiese en un camastro en una esquina, acompañado por algunos de sus fieles en diferentes partes de la pequeña habitación: Manuel Aguirre Berlanga, su secretario Pedro Gil Farías, Mario Méndez y los capitanes Octavio Amador e Ignacio Suárez. El resto de los acompañantes se dividieron en diferentes chozas, mientras que se montaba una avanzada de vigilancia dispuesta por Herrero. Cuando ya se preparaban para el descanso, éste se presentó para avisar que se retiraría porque su hermano Hermilo estaba herido y deseaba conocer su estado. Ese intempestivo abandono hizo entrar en sospechas a Cabrera y otros, quienes se dirigieron a Carranza a fin de comunicarle sus aprensiones y sugerirle que abandonaran el pueblo de inmediato. “Decididamente no se puede reanudar la marcha —contestó. Todos están cansados; está oscuro, llueve mucho y no conocemos el camino; y sobre todo, Mariel sabe que aquí tenemos que esperarlo... Diremos ahora lo que Miramón: ‘Dios cuide de nosotros en estas 24 horas’”.⁹ Al filo de las tres de la mañana apareció el teniente Valle con un mensaje del general Mariel, avisando a su jefe sobre la lealtad de la guardia de Villa Juárez y su disposición a reforzar la columna.¹⁰ Ahora sí a dormir a pierna suelta. Pero una hora después, se escucharon descargas y gritos destemplados que rompieron el silencio de la serranía: ¡Viva Peláez! ¡Viva Obregón! ¡Muera Carranza! ¡Te arrastraremos de las barbas, viejo c...! Tiros más lejanos se escucharon, acabando de romper la tranquilidad de la montaña. El licenciado Aguirre Berlanga, quien se encontraba a metro y medio de Carranza, después de la balacera alcanzó a darse cuenta de que lo habían herido. Pudo advertirse que el viejo zorro intentó levantarse, en un acto reflejo, tal vez para alcanzarse sus lentes, tal vez para tomar su pistola. El presidente falleció a las cuatro y veinte de la madrugada.¹¹ A los pocos minutos, regresaron los atacantes, alrededor de quince bajo el mando de Ernesto Herrero, con su obsceno lenguaje: “sal viejo arrastrado, aquí viene



Choza de la ranchería de Tlaxcalantongo, Puebla en donde murió el C. don Venustiano Carranza, la madrugada del día 21 de Mayo de 1920.

tu padre; sal para arrastrarte, viejo c...”, aunque acabaron más interesados en robarse lo que tenían al alcance —armas, relojes, carteras. A la salida de este grupo siguió otro, que sacó a los ocupantes de la choza, que en ese momento rendían honores a un cadáver. No tardaría en clarear. Los espantados acompañantes del presidente veían a sus captores como figuras fantasmales, manchas negras en movimiento, de perfiles recortados entre el azul del cielo y el verde vegetal, agitándose en una danza de sangre y muerte. En efecto, con algunas excepciones de quienes lograron escapar, como Juan Barragán y Luis Cabrera, todos fueron aprehendidos, y en grupo, unos a caballo y otros a pie la emprendieron rumbo a Cerro Azul, en una columna bajo las órdenes de Rodolfo Herrero.

III. Era incierto el destino de los prisioneros, y cabía la posibilidad de que fueran asesinados y desaparecidos en la sierra, por lo que el coronel Paulino Fontes buscó congraciarse con el jefe de los captores y de esta manera hacerlo desistir de cualquier propósito criminal. Para este objeto le obsequió un reloj de oro y un cheque en dólares, justo cuando llegaban noticias de que el general Mariel se dirigía a batir a los herreristas. Se imponía huir ante la próxima arremetida de fuerzas superiores en número, pero Herrero pensó en hacerlo no sin dejar a buen resguardo algo de su menguada reputación y

Autor no identificado
Choza en donde murió
Venustiano Carranza,
Tlaxcalantongo, Puebla,
1920
Clave: AFFT 20555

la de su causa. Primero contó con Manuel Aguirre Berlanga, Paulino Fontes, Pedro Gil Farías e Ignacio Suárez, quienes firmaron un mensaje dirigido al general Mariel participándole que “el sr. presidente se suicidó”, rogándole que no atacara la columna porque “peligrarían nuestras vidas”. Dicho mensaje no hacía ni la más leve mención a los ataques en los que perdió la vida el presidente, porque tal cosa enardecería todavía más a Mariel, quien cargaba con un peso en su conciencia por llevar —involuntariamente, desde luego a su jefe a la muerte. Además, Herrero exigió al licenciado Manuel Aguirre Berlanga que redactara un acta que buscaba exonerarlo a él y a los suyos del magnicidio. Dadas las circunstancias de cautiverio y de amenazas de muerte en que se encontraban los fieles carrancistas, accedió a lo que se le solicitaba, aunque firmada de manera distinta:

Los suscritos hacemos constar que el presidente de la República, señor don Venustiano Carranza, según es de verse por la herida que presenta en el lado izquierdo de la caja del tórax, se ve un balazo con la pistola que portaba. El examen o autopsia indicará que el calibre de la bala corresponde al de su pistola, por lo que se deduce que él se privó de la vida. El combate fue de noche y durante él fue herido en una pierna. También hacemos constar que todos los que hemos sido hechos prisioneros hemos sido tratados con toda clase de garantías y consideraciones, compatibles con la situación en que nos encontramos. Hacemos constar que el Jefe de las fuerzas que ocuparon el pueblo de Tlaxcalantongo es de filiación obregonista, y quien hizo el ataque obedeciendo órdenes del general Manuel Peláez.¹²

Es de hacer notar la manufactura deficiente del acta. De entrada, se refiere a un balazo —y no a los demás que estaban en el cuerpo de Carranza—, que *deducido* por quienes redactaron el documento, fue el que causó la muerte. Se menciona a Manuel Peláez como responsable del ataque, cosa manifiestamente falsa. Y lo que es peor: el acta no relaciona en ningún momento *el suicidio* —ni el asesinato, desde luego— con el fiero ataque de las fuerzas dirigidas por Herrero. No se queda atrás el hecho de que quienes firmaron el acta no presenciaron la *autoinmolación* —nadie pudo ver lo que realmente ocurrió cuando se desató la intempestiva balacera. Gracias a esa complicidad —insólita coincidencia entre verdugos y víctimas—, los prisioneros fueron liberados y Herrero y los suyos se dirigieron a Espinal, donde se presentaron ante el coronel Lázaro Cárdenas.¹³ La versión de Herrero sobre la participación en los acontecimientos y el fin de la vida de Carranza se dejó ver en su telegrama enviado al general Pablo González el 22 de mayo:

objeto aprehender Señor Carranza y principales acompañantes, a las tres y media de la mañana de ayer atacué con ochenta hombres y logré tomar el pueblo de Tlaxcalantongo, del Distrito de Huauchinango, donde hallábase de paso para el norte de la República, donde pretendía establecer su gobierno citado señor Carranza y su comitiva, escoltado por fuerzas general Francisco Murguía. Viéndose perdido el C. Carranza y comprendiendo que era inevitable que caería prisionero, suicidóse, disparándose un balazo en el pecho con su propia pistola, que conservo, la cual aún tiene sangre en el cañón.¹⁴

En respaldo al hecho de que Herrero era parte de un plan preconcebido para capturar a Carranza, está el testimonio de un testigo presencial de una larga conferencia telefónica entre dos oficiales gonzalistas y aquel militar cuatro días antes de la muerte del presidente. Pero algunas versiones señalaron que la idea era capturar al presidente,



El cadáver del presidente de la república don Venustiano Carranza, acompañado de los señores: generales Juan Barraquán, Federico Montes, Marciano González, Francisco de P., coronel Paulino Fontes, Carlos Domínguez, licenciados Armando Z. Ostos y Berriozabal, Pedro Gil Farias, Mario Méndez y los ayudantes Suárez y Amador.

no matarlo. El general Neira, uno de los acompañantes de Carranza, comentó ante la comisión investigadora del crimen, encabezada por Aquiles Elorduy, que supo que Herrero “había tenido órdenes de Obregón y Peláez de atacar la columna de don Venustiano y tomarlo prisionero, pero procurando cogerlo vivo “pero que si por desgracia moría qué se le iba a hacer”.¹⁵ Miguel B. Márquez, subordinado de Herrero, escribió que éste ordenó a cada uno de los jefes de las tres columnas que el ataque fuera simultáneo y desde distintos puntos, “con la recomendación especial, so pena de un castigo muy severo, de que al señor Carranza no se le hiciera ningún daño y que en caso de caer prisionero se respetara su vida a toda costa y se le guardaran las debidas consideraciones”.¹⁶ Esta afirmación poco concuerda con los hechos tal como ocurrieron, porque el primero y más importante caído en el ataque fue el presidente Carranza, y esto difícilmente fue una casualidad.

Los argumentos presentes en el acta y el telegrama a Mariel, sumados a otros como la supuesta falta de validez del informe del médico que embalsamó el cadáver, dieron respaldo a la hipótesis del suicidio. El doctor Francisco de P. Millán refutó el informe del embalsamador, un galeno de apellido Sánchez, calificándolo de elemental y deficiente. Millán sostuvo que la hipótesis del suicidio era “científicamente admisible” y estudiaría “una serie sucesiva de observaciones hechas acerca del cadáver (las únicas disponibles eran las del doctor Sánchez) y que son las que le han inducido a admitir la posibilidad de que se trate de un suicidio, y no de un asesinato”.¹⁷ Millán, hasta donde se supo, no fue más allá de estas palabras. Conviene, sin embargo, no perder de vista el hecho principal: la muerte de Carranza fue el punto climático de las traiciones, la huida y el acoso. En esta perspectiva, si se dio el suicidio o no, es completamente secundario.

La muerte de Carranza nunca fue castigada en la forma debida. La violencia que dominaba al país en esos años, las redes políticas que echaban mano de todos los recursos a su alcance, los avatares de la suerte que hacían de los vencedores de ayer los vencidos de hoy, la rudeza del poder, en suma, fueron los que permitieron que asesinatos como los de Madero, Zapata, Carranza o Villa quedaran sin castigo. Las dudas sin resolver en torno a las personas involucradas, los autores intelectuales, los motivos profundos, las circunstancias inmediatas de esos crímenes, los hacen, a pesar del tiempo transcurrido, temas de inquietante actualidad. Y por lo que puede observarse, pocas esperanzas deben abrigarse acerca del total esclarecimiento de los hechos.

PÁGINA SIGUIENTE
Autor no identificado
El ataúd de Venustiano
Carranza, de Villa Juárez a
Necaxa, Puebla, 1920
Clave: AFFT 20559

Extracto de un ensayo publicado originalmente en *Boletín*, FAPECFT, núm. 34, mayo-agosto de 2000.

*Ataúd del G. Presidente V. Carranza y sus acompañantes, camino
a Necaxa Pue. Mayo 23 de 1920*



- 1 Francisco L. Urquiza, *Asesinato de Carranza*, México, Populibros La Prensa, 1959, pp. 52-53.
- 2 Martín Luis Guzmán, *Muertes históricas: el ineluctable fin de Venustiano Carranza*, México, Conaculta, Tercera serie de Lecturas Mexicanas 2, 1990, pp. 26-27.
- 3 *La verdad sobre la muerte de Carranza*, San Antonio, Librería de Quiroga, s.f., pp. 36-37.
- 4 Blas Urrea (seud. de Luis Cabrera), *La herencia de Carranza*, México, Imprenta Nacional, 1920.
- 5 *La verdad sobre la muerte de Carranza, op. cit.*, pp. 14-15.
- 6 *Ibidem*, p. 16.
- 7 Ignacio G. Suárez, *Carranza: el forjador del México actual*, México, Costa Amic Editor, 1965, pp. 157-158.
- 8 *Ibidem*, p. 161.
- 9 Carta de Cabrera al licenciado Armando Z. Ostos, 31 de agosto de 1932, en *ibidem*, p. 165.
- 10 *Ibidem*, p. 186.
- 11 *Ibidem*, p. 187.
- 12 Enrique Krauze, "La noche de Tlaxcalantongo", *Vuelta*, México, 111, febrero de 1986, p. 9.
- 13 Ignacio G. Suárez, *op. cit.* p. 193.
- 14 *La verdad sobre la muerte de Carranza, op. cit.*, p. 17.
- 15 "Versión taquigráfica adjunta al Informe de la comisión encabezada por Aquiles Elorduy", Venustiano Carranza, 13010213, Gav. 44, Exp. 7, Leg. 1/2, Inv. 1074, Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca, f. 27.
- 16 Miguel B. Márquez, *El verdadero Tlaxcalantongo*, México, A.P. Márquez Editor, 1941, pp. 159-160.
- 17 *La verdad sobre la muerte de Carranza, op. cit.*, p. 29.